

Con las elecciones regionales muy cerca, me gustaría compartir (para el que se tome la molestia de leerla) una reflexión muy puntual, con el simple propósito de despertar los ánimos en esta época.

Últimamente, no sé porque en realidad, el comportamiento de nuestra especie me impresiona y me produce una curiosidad creciente. Somos, en principio, animales que, en algún punto de la historia de la Tierra desarrollamos la capacidad de crear conceptos y abstraer el mundo material.

Tan grande y tan potente se ha vuelto esta capacidad que hemos creado literatura, música, arte, ciencia y filosofía, incluso, nos hemos llegado a preguntar la pregunta sin sentido: ¿qué es la nada?

Sin embargo, estos elementos que nos hacen únicos entre el reino animal son indistinguibles de un patrón natural y repetitivo:

Buscamos estimular nuestros sentidos; creamos cosas innecesarias para nuestra supervivencia pero necesarias para desarrollarnos a nosotros mismos:

La música estimula nuestra audición y nuestra imaginación pero no nos ayuda a escapar de un depredador.

El arte, la simetría y la belleza son conceptos completamente subjetivos y personales, sin embargo, sabemos lo que significan pero no lo podemos definir de manera universal.

La literatura nos permite leer la mente de alguien que ya se encuentra muy lejos en el tiempo y en el espacio y sin embargo, resulta esencial para la comunicación y la cooperación.

Bajo el razonamiento que cualquier observador podría ser capaz de deducir las mismas leyes universales creamos el método científico, sin embargo nosotros somos los únicos observadores que conocemos hasta el momento.

Estas paradojas de la naturaleza humana se vuelven incluso más profundas cuando analizamos el bellissimo repertorio de teorías del funcionamiento del universo:

Albert Einstein se imaginó la gravedad como una curvatura que solo se puede apreciar si consideramos el tiempo como una dimensión más: es invisible, puesto que vivimos por instantes. Sin embargo, el desarrollo de la geometría diferencial y sus reflexiones sobre los tensores métricos nos permitieron imaginar el propio tejido de la realidad; el cual ni siquiera podemos observar, sin embargo, la teoría de la relatividad general es la mejor descripción de la gravedad hasta el momento de acuerdo a las mediciones.

Charles Darwin encontró la llave del origen de la vida en la Tierra y sin embargo, no somos capaces de imaginarnos la escala de tiempo de la que se habla cuando se refiere a la evolución y a la selección natural.

Los ejemplos son numerosos...

Todo lo dicho anteriormente muestra una tendencia: el ser humano es un animal paradójico por naturaleza, lleno de contradicciones que apenas estamos empezando a entender.

Siempre hemos querido entender el porqué de nuestra naturaleza, ¿Dónde está el sentido de darle 80 vueltas a una estrella común y corriente en el borde de una galaxia insignificante? ¿Dónde está el sentido de vivir tan solo 80 años en un universo de 13,800,000,000 (trece mil ochocientos millones) de años?

En mi opinión, eso es lo que hace la vida tan interesante: el no tener sentido en un universo tan grande, tan antiguo y tan apático es la misma razón por la que podemos ejercer la libertad y por la cual podemos ser felices con nuestras propias condiciones: si el universo no tiene principios, los principios relevantes son los que nosotros como especie decidamos.

Sin embargo, muchos pueden pensar que nuestra realidad insignificante es angustiada, y es por eso que siempre hemos buscado alguien más con quien compartir la carga de la racionalidad y la conciencia: a lo

largo de nuestra historia hemos creado seres mitológicos, fantasmas y demonios con el extraño y paradójico objetivo de crear misterio y algo desconocido.

Cuándo nos dimos cuenta de la cantidad de estrellas similares a la nuestra, nuestra naturaleza social empezó inmediatamente a buscar contacto con alguna otra conciencia que, al igual que nosotros, estuviera escuchando atentamente a la estrellas y preguntándose si seres como los humanos existen. Esto lo hicimos, paradójicamente, sin saber que lenguaje usar o como podrían reaccionar ante el primer contacto; creamos películas (generalmente retratando versiones de nuestra propia historia), les dimos formas, culturas y lenguajes. Sin embargo, no hay forma de saber cómo serán realmente.

Este ímpetu tan poderoso de encontrar alguna otra conciencia con la que compartir las alegrías y las tristezas de la vida se ha manifestado a lo largo de la historia: las civilizaciones buscan hacer contacto con otras. Sin embargo, hasta el momento, nuestro vecindario estelar parece estar vacío, aunque es muy probable, que, a medida que nos expandimos hacía el espacio (esto es, en cierta medida, inevitable) nos encontremos por fin con alguien más, la posibilidad es muy real y para este punto de la historia, incontrovertible: el universo es tan grande y tan hermoso que es imposible que seamos los únicos presentes para apreciarlo.